

Sobre la piel de los niños (Su explotación y nuestras complicidades)

Neil Kearney

Secretario General de la Federación Sindical Internacional
de Textil, Vestidos y Cuero.

Nunca se escribirá bastante sobre los males del trabajo del menor.

Nunca se escribirá bastante sobre los males físicos, psíquicos, intelectuales y morales padecidos por los niños condenados al trabajo.

Naturalmente no estamos hablando de los niños que echan una mano en los trabajos domésticos, o de los niños que durante los tiempos libres ayudan en los campos o en las tiendas artesanales a sus padres. Estos trabajos contribuyen a su formación porque educan en el sentido de la responsabilidad y hacen aprender las actividades manuales útiles para la vida.

No se discute el trabajo como actividad educativa organizada para hacer un servicio a los niños. Lo que se discute es el trabajo en las fábricas, en las plantaciones, en las minas y en muchos otros lugares para enriquecer a los patrones. En otras palabras, lo que se discute es el trabajo como forma de explotación de los menores.

La cuestión del trabajo del menor está aún envuelta en un mar de indiferencia. Demasiada gente lo ve como un problema lejano contra el que no hay nada que hacer porque —según piensan— es el fruto inevitable de la pobreza. Sin embargo recordemos que el trabajo infantil es un

fenómeno en auge que está invadiendo también nuestro mundo. En todo caso, no es una consecuencia sino una causa de la pobreza porque el trabajo infantil rebaja el nivel de los salarios y quita trabajo a los adultos. En la India son 55 millones de niños los que trabajan como dependientes y 55 los millones de adultos desocupados!

Examinemos más de cerca las condiciones en que trabajan estos niños. *Putul* tiene nueve años y desde hace diez meses trabaja en los entornos de Dacca en una fábrica de camisas para EEUU. Comienza a trabajar a las ocho de la mañana y termina a las diez de la tarde. Pero cuando hay mucho que hacer continúa trabajando hasta las tres de la noche, después se tiende sobre el pavimento y se adormila en espera de la mañana. A las seis va a casa y vuelve a trabajar dos horas más tarde. Por una noche así recibe 15 taka.

Un día su fábrica fue visitada por algunos extranjeros y al fin de una conversación que tuvo con una señora de esa comitiva *Putul* imploró ser sacada de allí: «Por favor, llévame contigo. Vuelve mañana y sácame de aquí».

En aquella fábrica el 60% de los trabajadores está constituido por niños con menos de trece años. Los sistemas son fulminantes: quien entra un solo minuto

tarde, a la tercera vez pierde un día de paga. Quien falta un día pierde tres de paga.

Doy tiene trece años. Trabaja en Bangkok en una fábrica para la exportación que ocupa a casi 200 niños, los cuales cortan, cosen e incolnan bolsas durante quince horas al día. La fábrica produce cada mes más de 50.000 y gracias al sudor y a las lágrimas de estos niños ha recibido muchas veces el premio al mejor exportador.

Escuchar a *Doy* resulta penoso: «Me faltan mis hermanos y hermanas. No sé cuándo podré volver a verles. Pero lo que más me falta es el juego. Trabajamos siempre y no comprendo por qué por por la tarde no nos dan un poco de tiempo para jugar. Quizá porque hay tanto trabajo que hacer».

Este año en febrero he hablado con *Shanti*. Aunque sólo tenga nueve años trabaja en una fábrica de vestidos desde hace más de un año. Por norma trabaja de 12 a 18 horas al día, pero una vez fue incluso obligada a trabajar durante tres días seguidos parando sólo para comer. *Shanti* no gana más de 300 taka al mes.

Putul, *Doy* y *Shanti*, como millones de otros niños, son saqueados desde su infancia. Hace poco un asistente social de Bangkok ha afirmado: «Cuando llegan de los campos estos niños están avispa-

dos y llenos de energía, pero poco después los encontramos entristecidos y arruinados. Es terrible asistir a su lenta consunción sin poder hacer nada».

Un viejo proverbio chino dice: «La vida de un niño es como un trozo de papel sobre el cual todo el que pasa deja una señal». Empero, sobre los cuerpos de estos niños trabajadores no se dejan mensajes de amor, sino heridas profundas que les mutilan para el resto de sus vidas. Padece esa condena sólo porque son débiles, indefensos, y por eso fácilmente explotables.

Nadie sabe con certeza cuántos niños trabajan en el mundo con menos de dieciséis años. Ninguna agencia internacional dispone de cifras porque ningún gobierno se toma la molestia de hacer las pesquisas necesarias. Algunos jefes de gobierno afirman que en sus países no existe el trabajo infantil ni el fenómeno de los niños de la calle. El hecho es que la policía se sacude de encima a golpes a los niños y a los mendigos que se encuentran a lo largo de los trayectos recorridos por las autoridades. Por lo demás, los hombres de gobierno viajan en autos con aire acondicionado y los cristales oscurecidos: ¿cómo pueden ver lo que ocurre fuera? Si luego un ministro decide visitar personalmente una fábrica, tampoco entonces verá a los niños porque son reclusos y ocultados en los trasteros.

A la vista de la penuria de las estadísticas tenemos que contentarnos con las estimaciones proporcionadas por los diversos organismos. Algunos afirman que en todo el mundo el número de los niños trabajadores está entre los 20 y los 80 millones. Pero la OIT afirma que son entre 100 y 200 millones. Sin embargo esta

cifra es baja. Sólo en China se piensa que son 40 millones.

En Asia la plaga del trabajo infantil es gravísima, no sólo por ser el continente con mayor número de niños trabajadores, sino también porque trabajan en las peores condiciones. En este continente millones de niños trabajan todavía en esclavitud, y sólo en la India, en la industria de los tapices, hay 40.000. Trabajan sin paga durante 12-15 horas al día y no pueden volver a casa hasta que la familia no restituya la suma recibida en préstamo por el patrón. Pero tal día no llega nunca porque los intereses, que van del 100 al 200% al mes, hacen aumentar la deuda desmesuradamente.

En Indonesia se estima que los niños obreros en edad comprendida entre los 10 y los 14 años es de 2,7 millones. Muchos de ellos están empleados en el sector textil y sufren problemas respiratorios por causa del polvo del algodón, la lana y los materiales. Pero los patronos niegan tener cualquier responsabilidad respecto a la salud y a la seguridad de los niños.

En China, donde las autoridades han negado la existencia del problema, el trabajo infantil ha crecido con la expansión de las «zonas francas de exportación». Aunque trabajan hasta 14 horas diarias, los pequeños chinos de las fábricas de estas zonas especiales ganan sólo diez dólares al mes.

En la industria del cuero de Tailandia los niños trabajan desde las ocho de la mañana hasta las once de la noche y tienen como máximo un par de pausas de una hora cada una. A los pocos meses comienzan a enfermar no sólo porque trabajan a ritmos masacradores, sino también porque usan disolventes y materiales tóxicos en cuartuchos que a veces no

tienen ni siquiera una ventana. Los representantes sindicales tailandeses han denunciado al Sindicato Internacional del Trabajo que en Tailandia la situación de los niños trabajadores está entre las peores del mundo.

Naturalmente, el trabajo infantil no es una exclusiva de Asia. En África el 20% de los niños trabajan constituyendo el 17% de toda la fuerza laboral.

En algunas naciones de América Latina el porcentaje de niños obreros llega al 26% y, dado que esta región es la más urbanizada del Sur del mundo, se encuentran sobre todo en las ciudades. Entre los países de este continente el Brasil es el que tiene en absoluto el mayor número de niños obreros. Son 7 millones y representan casi el 18% de la población infantil comprendida entre los 10 y los 14 años.

Pero el trabajo infantil crece también en los EE. UU. y está apareciendo ya en Europa. Portugal es un buen ejemplo: nadie sabe cuántos niños trabajan, pero daos una vuelta por los alrededores de Porto y los contaréis a millares.

Las industrias del calzado y del vestido son las que más recurren al trabajo de los niños y las que peor los tratan. Los dueños de estas fábricas no se preocupan ni de su salud ni de su seguridad porque saben que pueden despedirlos y reemplazarlos en cualquier momento.

Los niños están también en las empresas que trabajan para las multinacionales. La competencia les fuerza cada vez más a reducir los costos de producción y recurren al trabajo infantil porque pueden obtener la misma producción por salarios mucho más bajos y hasta casi sin salario, atrincherándose tras la excusa de que los niños están allí para

TESTIMONIO

aprender un oficio. De este modo los niños devienen competidores de sus padres y además de ocupar sus puestos de trabajo también hacen disminuir sus pagas. Por eso, desde el punto de vista puramente económico, el trabajo infantil es un verdadero desastre.

Tomemos como ejemplo Bangladesh. Se calcula que el 20 o el 30% de los empleados en la industria del vestido tiene menos de 14 años. En ciertas fábricas el porcentaje supera incluso el 70%. A las mujeres que piden trabajo se les pregunta expresamente si tienen hijos a los que se pueda hacer trabajar. Si no los tienen pueden obtener un empleo, pero deben contentarse

con la paga de un niño. El resultado es que en las fábricas bengalíes el nivel de los salarios ha descendido también para los adultos que deben contentarse con pagas variables entre las 10.000 y las 40.000 liras al mes.

Desgraciadamente estas cosas no suceden tan sólo en Bangladesh. Allí donde haya niños que explotar, allí hay empresarios prestos a hacerlo con un cinismo increíble. Un día, estando en Karachi (Pakistan), pregunté a un empresario textil si en la fábrica trabajaban niños. Con toda naturalidad me respondió: «Empleo a cualquiera que sepa trabajar. No me interesa si es joven, viejo, o de mediana edad. Si un niño de diez años está en condiciones de ha-

cerme el trabajo, lo tomo; y si a los quince días muere, no es asunto mío».

Estos crímenes son vergonzosos.

Vergüenza para aquellos empresarios que matan a los niños con su egoísmo.

Vergüenza para aquellos políticos que mantienen a los niños en esclavitud a causa de su desinterés.

Vergüenza para aquellos consumidores que se hacen cómplices de la explotación de los niños porque compran los productos obtenidos con su sudor.

Vergüenza también para nosotros sindicalistas si no gritamos a voz en grito contra estos crímenes. **A**